

CUADRANTE



Dos escenificaciones desconocidas

El eco de la palabra (valleinclaniana)

"La rosa de papel" de Valle-Inclán e o "Orfeón Los Amigos": unha sociedade coral pontevedresa de finais do século XIX

Valle-Inclán frente a la gran guerra: una entrevista de Luis G. Urbina al escritor recién llegado de Francia

Dos Do Vale de Bares aos Del Valle-Inclán de Sobrám

El transitus perceptivo en "La lámpara maravillosa" de Valle-Inclán

Un conto de Valle-Inclán e os montes comunais galegos

Rumbos de "La pipa de kif"

Nº 23

Los Amigos
Valle-Inclán
Vilanova de Arousa



FUNDACIÓN
VALLE-INCLÁN



CUADRANTE



Revista de Estudos Valleinclanianos e Históricos

Editada pola
Asociación de Amigos de Valle-Inclán e a Fundación Valle-Inclán

CUADRANTE

PRAZA VELLA, 9
VILANOVA DE AROUSA.
APARTADO DE CORREOS Nº 66
www.amigosdevalle.com

Decembro 2011

Director:

Francisco X. Charlín Pérez

Consello de Redacción:

Joaquín del Valle-Inclán Alsina

Margarita Santos Zas

Juan Antonio Hormigón

Xosé Luis Axeitos

Sandra Domínguez Carreiro

Ramón Martínez Paz

Xaquín Núñez Sabarís

Xosé Lois Vila Fariña

Ramón Torrado

Jesús Blanco García

Director Servizo de Publicacións:

Gonzalo Allegue

Xestión e administración:

Pablo Ventoso Padín

Ángel Varela Señorán

Deseño e maquetación:

Carlos Sánchez Crestar

Ilustracións suplementarias :

Marcela Santórum (*ilustracións capa*)

Eugenio de la Iglesia (*encabezamento capítulos*)

Imprime:

Imprenta Fidalgo, S.L.

Cambados (Pontevedra)

Dep. Legal: PO-4/2000

I.S.S.N.: 1698-3971

Cuadrante non mantén correspondencia sobre orixinais recibidos e non solicitados.

A responsabilidade das opinións vertidas pertence exclusivamente ós autores o mesmo que o respecto á propiedade intelectual, recaíndo sobre eles calquera acción xudicial no caso de producirse plaxia.

Sumario:

Juan Antonio Hormigón:

Das escenificacións desconocidas páx. 5

Antonio Espejo Trenas:

El eco de la palabra (valleinclaniana) páx. 15

Fernando López-Acuña López:

“La rosa de papel” de Valle-Inclán e o “Orfeón Los Amigos”: unha sociedade coral pontevedresa de finais do século XIX páx. 31

Daria Alesi:

Valle-Inclán frente a la gran guerra: una entrevista de Luis G. Urbina al escritor recién llegado de Francia páx. 45

José-M^º Monterroso Devesa-Juega:

Das Do Vale de Bares aos Del Valle-Inclán de Sobráram páx. 59

Enrique Prado:

El tránsito perceptivo en “La lámpara maravillosa” de Valle-Inclán páx. 65

Francisco Xavier Charlín Pérez:

Un conto de Valle-Inclán e os montes comunais galegos páx. 115

Xosé María Álvarez Cáccamo:

Rumbos de “La pipa de kif” páx. 131



Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números editados en el año 2011

CEDRO

La Editorial a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de *Cuadrante* o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa. Cualquier acto de explotación de la totalidad o parte de las páginas de *Cuadrante* precisará de la oportuna autorización que será concedida por CEDRO mediante licencia dentro de los límites establecidos en ella.



El eco de la palabra (valleinclaniana)

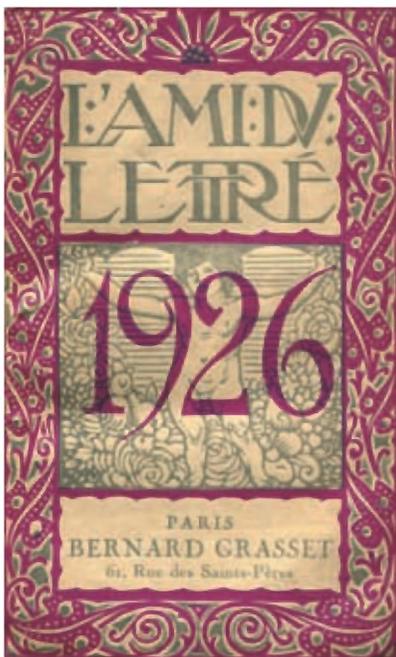
Antonio Espejo Trenas

Una carta a Albert Glorget

Se trata de un documento de excepcional interés, ya que, salvo la estrecha relación de

Valle con Jacques Chau-mié, no se tiene noticia de ningún contacto entre el escritor gallego y el resto de los traductores de su obra en Francia. Charles Barthez había vertido al francés el conjunto de las *Sonatas* en 1910. Cuando en 1924 Albert Glorget acomete idéntica tarea para Les Éditions de France, es criticado con dureza por Barthez y su círculo literario. En tal circunstancia, el nuevo adaptador pide consejo a don Ramón, quien interviene a su favor con las siguientes observaciones.

Destaca el carácter de la ironía valleinclaniana, el entrañable recuerdo de Chau-mié y la lengua en que se encuentra editada. En algunas ocasiones confesó Valle-Inclán su impe-



ria y escaso dominio de la lengua francesa. Bien pudo tratarse entonces de la traducción de un holografo original en castellano, pero también cabe la posibilidad de que Josefina Blanco la transcribiese en Madrid. Sabemos

que ella misma es autora de la edición española de *Jesucristo y la mujer* de Ernestine de Trémaudan.

La carta se hizo pública en la sección «Polémiques, scandales, plagiats en l'année littéraire 1925» de *L'Ami du Lettré. Année Littéraire et Artistique pour 1926*, preparado en París por el editor Bernard Grasset por encargo de la Asociación de Periodistas de la Prensa Diaria.

Mon cher Ami:

J'ai vu dans *Paris-Soir* quelques jugements concernant les deux traductions de *Sonates*, la vôtre et celle d'un mystérieux M. Barthez, dont je n'ai jamais rien pu savoir en quinze ans et qui montre maintenant son nom comme un res-suscité. Pourriez-vous me dire qui est ce monsieur et qui est l'éditeur de la première version? Je croyais qu'ils jouissaient de la gloire de Dieu, et par là je ne m'expliquais leur long silence et le défaut de tous comptes. Car jusqu'aujourd'hui, je n'ai jamais reçu de cet éditeur ni mot, ni promesses.

J'ai lu avec étonnement qu'il louait la première traduction: je suis désolé de ne pouvoir prendre ma part

* Los materiales recopilados en este avance forman parte del libro *El eco de la palabra. Claves literarias e intelectuales de Ramón del Valle-Inclán en algunas páginas olvidadas*, que será editado próximamente por el Servicio de Publicaciones de la Asociación Cultural Amigos de Valle-Inclán.

dans cet éloge. Jacques Chaumié, cet ami que nous n'oublierons jamais, avait coutume de me dire en parlant de cette traduction-là: «Elle est loin de rendre votre style et votre pensée. Le traducteur n'a rien compris à votre œuvre, ni à vos intentions».

Et à ce propos, je ne vous serai jamais assez reconnaissant d'avoir mis si exactement, et si harmonieusement, en langue française ma prose castillane.

Votre ami,

VALLE-INCLÁN

[Querido amigo:

He observado en *Paris-Soir* algunos juicios que concernían a las dos traducciones de las *Sonatas*, la suya y la del misterioso señor Barthez, de la que jamás supe nada en quince años y quien muestra ahora su nombre como un resucitado. ¿Sabría decirme quién es este señor y quién es el editor de la primera versión? Creía que gozaban de la gloria de Dios, y por ello me explicaba su largo silencio y el impago de cualquier cargo. Porque hasta el día de hoy, jamás recibí de este editor ni una palabra, ni ningún tipo de promesas.

Leí con asombro que se alababa la primera traducción: me aflige no poder participar de este elogio. Jacques Chaumié, el amigo al que nunca olvidaremos, solía decirme al hablar de aquella traducción: «Está lejos de expresar su estilo y su espíritu. El traductor no comprendió nada, ni su obra, ni sus intenciones».

Y a propósito, nunca le estaré lo bastante agradecido por haber puesto tan exactamente, y tan armoniosamente, en lengua francesa mi prosa castellana.

Su amigo,

VALLE-INCLÁN]

Una dedicatoria anticipada

Como plantean las investigaciones de Juan Antonio Hormigón (2007: 36) y María Pilar Queralt (2005: 109), hasta la actualidad el elogio había sido datado en 1920. Sin embargo, la existencia de esta edición perdida justificaría su redacción, cuanto menos, unos



meses atrás. Se inscribe en un folleto impreso, posiblemente elaborado como programa de mano de las actuaciones de la artista por España y América, ya que consta de una completa información de su repertorio y numerosos testimonios de afecto reunidos entre 1915 y 1917 (Martínez Payva, Antonio de Hoyos y Vinent, Luis Fernández Ardavín, Pompeu Gener, José Francés, Ramón Pérez de Ayala, Francisco Villaespesa, Ignacio Zuloaga, Eduardo Marquina, Francisco Villanueva, Emilia de Pardo Bazán, Tomás Borrás, Troy Kinney, Marcos Jesús Bertrán, Carmen de Burgos, Manuel Horta, Eugenio Noel, Dámaso Castejón y el propio Valle-Inclán).

El ejemplar que conservo en mi archivo

posee una anotación hológrafa con la fecha de 21 de mayo de 1919, aunque varios datos me sugieren que el original podría datarse incluso previamente. De hecho, la primera noticia sobre el mismo nos la ofrece el *Diario de Córdoba* de 5 de mayo de 1917, a modo de publicidad de la representación de Tórtola en el Teatro Circo de la capital andaluza.

Una conferencia desconocida

Bajo el seudónimo que firma la reseña de la intervención pública del escritor en tierras gallegas se esconde su paisano Francisco Camba,¹ compañero de tertulia en el madrileño Café de Fornos, en la peña de la farmacia de Tato en A Pobra do Caramiñal y en el manifiesto de protesta por la concesión del premio Nobel a Echegaray. Testigo de la sempiterna devoción por Valle es el artículo que publica el 11 de septiembre de 1916 en la *Gaceta de Galicia*, donde reclama para el maestro vilanovés la propiedad de la Torre Bermúdez (Charlín y Allegue, 2008: 104).



¹ Francisco Camba Andreu (Vilanova de Arousa, 1882-Madrid, 1948). Hermano del también escritor Julio Camba, colaboró como publicista en numerosas publicaciones españolas y americanas, en varias de ellas con el pseudónimo El Hidalgo de Tor. Fue también novelista, prolífico y de éxito en su tiempo, con títulos como *El amigo Chirel* o *La revolución de Laiño*, por el que recibió el premio Fastenrath de la Academia Española.

«Crónica de las fiestas. Diario de un forastero. La velada de los ateneístas», *El Noroeste, A Coruña*, 16 de agosto de 1906, p. 1.

Os he dicho en la primera de estas crónicas que yo vine a La Coruña sólo por sus fiestas y que de todo el programa me atraía extraordinariamente la exposición de ganados y la exposición de socios del Ateneo de Madrid, números admirables los dos para un hidalgo ganadero e intelectual. En honor de la verdad, he de deciros que mis aficiones van por esta última senda, decididas, como un arroyo en lecho sin piedras ni desniveles. Así, la velada que se celebró ayer en el Teatro Principal de La Coruña me seducía mucho; era para mí algo superior aun, si cabe, a la exposición que muy pronto hemos de ver en la Granja Agrícola. Llegué al teatro en hora muy temprana. Para amenizar la fiesta habían venido de Madrid unos hombres extraños e ilustres, que se llaman Azorín, Valle-Inclán y Santos Chocano. Iba, el uno, a regocijarnos con su peculiar impresión de La Coruña, el otro a hacer un discurso sobre la intelectualidad española, y el otro a leer una poesía sacada de su cabeza. Era estupendo, por lo tanto, lo que iba a pasar. Como la sala estaba todavía desierta, yo me fui al escenario. Había conocido, tiempo antes, en un pueblo de Pontevedra a Valle-Inclán, y le recordaba todavía, con sus melenas osadas. Era yo entonces muy niño. Y en aquel día —del Corpus, llenas las calles de espadaña y de menta, lleno el aire de incienso y de sol— Valle-Inclán discutía, en un grupo donde estaba mi padre, el origen de las procesiones,² mientras la procesión recorría los caminos.

² Con «el origen de las procesiones» se refiere Francisco Camba a la tradición existente en Vilanova de Arousa del encuentro (ver fotografía) de dos cortejos procesionales en la festividad de Corpus Christi: el que partía de la parroquia de San Cibrán de Cálago —núcleo principal de la villa— y el que lo hacía de la vecina Vilamaior, antes separadas por un «esteiro» (estuario) marino y hoy unidas en un único núcleo urbano. En su novela *El amigo Chirel* recrea literariamente esta costumbre en un episodio en que se unen las procesiones de Villaclara (trasunto de Vilanova) y Villamor (Vilamaior). Posiblemente el padre de Francisco Camba, Manuel Camba Bóveda (nacido en 1855), discutía con el joven Valle-Inclán el origen

Caíanle entonces, sobre los hombros, las melenas onduladas a fuego, tenía en la cabeza un chambergo medioeval y la mano izquierda en la cintura, como si sujetase el puño invisible de una espada siempre vencedora y siempre fuerte. Luego aquel brazo lo perdió este hombre en una pelea de café, sin gloria...

Lleno de popularidad y de leyenda, Valle-Inclán torna a la región nativa para hacernos el delicado presente de sus opiniones en materia de literatura. Quise verle, quise darle una alegría hablándole del pueblo



Vilanova de Arousa. Marisma de Vilamaior, hoxe Praza do Concello, nos anos 40. Ao fondo, magnolio do Cuadrante e Priorado. Fonte: Sagrario García. Cortesía J. M. Leal.

lejano, de los amigos que aún le recordaban...

Apareció ante mí, flaco, terriblemente flaco, con sus barbas enormes y revueltas, con un color de enfermo y unos cabellos oscuros y descuidados. A través de los lentes redondos y enormes, de concha, me miró. Yo vi cicatrices en su cuello.

Me parecía un monje atarazado por las penitencias y los ayunos; me dio lástima. Comencé a hablarle del país natal y de los amigos sin lograr que al disco de los lentes asomase el menor relámpago de interés; le hablé de su familia, a la que he conocido, y los lentes permanecieron indiferentes y glaciales. Y ya, desesperado de conmovir a la esfinge, le conté lo que de él, de su literatura y de su vida, se decía allá lejos, en el pueblo remoto. Y fue entonces, sólo entonces, cuando se dignó alzar la cabeza, como quien levanta una madeja de pelos, y mirarme con interés [...]

Está en pie el señor Valle-Inclán. Arrogantemente, con el brazo izquierdo rígido y de palo, parece un gran señor entre sus siervos. Tiene ya un vago aspecto

en las tradiciones gremiales medievales de ambas parroquias del mencionado encuentro (Debo estas dos precisas notas a Francisco Charlín).

de burgués; las melenas, un tiempo onduladas y merovingias, detiéndose ahora en la nuca, lascias. El cuello ha adquirido un tamaño racional. Comienza a oírse su voz ceceante y solemne. Viene a La Coruña como hombre intelectual y como gallego. Sus opiniones, en materia de literatura, comienzan a negar, a destruir. Los escritores españoles son, todos, semejantes entre sí como las ovejas de un rebaño. Yo le oigo lleno de asombro; ni para el señor Ortega Munilla hace Valle-Inclán una excepción. El señor Ortega Munilla le parece tan despreciable como los demás. Nada hay sagrado para él; apenas si las diputaciones gallegas, donde existen unos hombres de positivo talento y donde le compran numerosos ejemplares de sus *Sonatas*: de la *Sonata de Primavera*, de la de *Verano*, de la de *Otoño* y de la de *Entretiempo*. La nación española está completamente atrofiada por falta de originalidad en sus hombres. Los novelistas, los poetas, los filósofos, son completamente despreciables...

Estas opiniones rebotaban en mi alma, segura en la admiración, como piedras contra un muro fuerte. Por eso, y sólo por eso, no considero desde ayer supremo y único al hombre extraordinario que nos habló de tales cosas, delante de una mesa. Como armado de una hoz tremenda, Valle-Inclán andaba por el campo de la literatura, segando reputaciones con aquel su solo brazo que se alargaba, épicamente, hasta los confines de la nación. Y Valle-Inclán, al incorporarse por encima de la mesa, parecía erguirse sobre un montón de cadáveres, vencedor y magnífico...

No me convencí, pero admiré. El público aplaude. Luego Valle-Inclán elogia el carácter del gallego y su valor. Pone ejemplos; se cita a sí mismo. Él acababa de abandonar su pueblo, su castillo entre árboles en la falda de una colina, con dos torres almenadas y donde él había asesinado a una tía suya. Después de este gentil episodio, se fue a Madrid y pasaba una noche por la Puerta del Sol, acompañado de un poeta andaluz que se llama Villaspesa. Entonces un sujeto enorme dijo al verlos: «Ahí va la flor del modernismo». Así, con sarcasmo, riéndose. Valle-Inclán se volvió al poeta en demanda de una línea de conducta y el poeta, andaluz, votó por un desprecio magnánimo. Aquel sujeto que los insultaba era alto, era hercúleo, era un oso. «Con que el desprecio, ¿eh?» Valle-Inclán, gallego, se acercó, cogió al oso por una solapa, le sacudió brutalmente y le dijo: «¡Le voy a dar a usted tales palos!» Pero he aquí como el oso, al verle,

se aterra, se encoge, dice manso: «Perdone usted, don Ramón, no le había conocido». Y Valle-Inclán, triunfante, se vuelve a Villaespesa: «¿Ha visto usted?» Y Villaespesa, con un asombro inaudito, mirando a Valle-Inclán, exclama: «¡Pero caramba, don Ramón, usted es un hombre de otra edad!»

El estupendo hombre no quiere seguir regocijándonos y se sienta. El público aplaude largamente.

EL HIDALGO DE TOR



Dos versiones de un mismo reportaje

Hasta la fecha, se sabía del siguiente reportaje por sendas reproducciones fragmentarias aparecidas en *El Cine* de Madrid el 4 de febrero de 1922 y en *El Bufón* de Barcelona el 15 de febrero de 1924 (Joaquín y Javier del Valle-Inclán, 1994: 219-221). Sin embargo, la entrevista original, más amplia e interesante, ve la luz con anterioridad en *Cine-Mundial* a principios de 1922. Su autor, el periodista español Narciso Robledal, de seudónimo don José, rememora años más tarde la experiencia para *Caras y Caretas* de Buenos Aires, tan sólo unas semanas des-

pues del fallecimiento de don Ramón, cuyo texto también transcribimos a continuación. *Cine-Mundial*, revista ilustrada y de moderna factura dirigida por F. G. Ortega en Nueva York, representaba la edición para el lector hispano en Estados Unidos de la publicación *Moving Picture World*, propiedad de los hermanos Chalmers.

Las proverbiales declaraciones sobre *La media noche* y el arte cinematográfico están precedidas de un retrato a pluma del escritor, obra de Usabal, que encabeza a su vez una aclaración:

«Este es don Ramón del Valle-Inclán, señor de la Puebla del Caramiñal, artífice supremo del idioma, cuyo reciente viaje por Méjico ha dado lugar a escándalos periodísticos que están resonando por todos los pueblos de habla española. La polvareda tuvo origen al declararse paladín del indio, y tomó cuerpo en ciertas manifestaciones hostiles y hasta insultantes respecto a los españoles y a su Rey, que se publicaron en un diario mejicano, en forma de entrevista, armando un lío mayúsculo. La cosa hubiera tenido trascendencia de no averiguarse, a la postre, que sólo se trataba de un camelo reporteril, por cierto de muy mala sombra».

«Don Ramón el Único nos habla, en la metrópoli del arte mudo, de la “formidable equivocación del cinematógrafo”», *Cine-Mundial*.

Revista mensual ilustrada de arte, letras y diversiones de toda clase, Nueva York, enero de 1922, pp. 14-15 y 44.

Habiéndose armado un formidable cisco periodístico a raíz de su salida de la capital de Méjico, de cuyo gobierno fuera huésped de honor por especial invitación, don Ramón del Valle-Inclán arribó a Cosmópolis gallardamente envuelto en los embozos de su capa española.

Cuando corrimos a verle y la jaula del hotel nos depositó en el séptimo piso, el ilustre manco, en el pasillo, iba a descender hasta el restaurante para tonificarse con un caldo.

—Don Ramón —le dijimos, saludándole— nos envía

- Cine-Mundial* para celebrar con usted una entrevista.
- Muy bien —nos contestó. Regresaré en seguida y si le parece...
- Mejor será, con su venia, que le acompañemos ahora, y mientras usted toma su colación hablaremos.
- Vamos, pues —concedió el hidalgo de la Puebla del Caramiñal.
- Lo de Méjico no nos importa, ya que no le importa a usted —preambulamos nosotros a fin de no escamarle. Ya hemos leído en el diario español *La Prensa* lo que ha sucedido y nos damos cuenta de las ansiedades reporteriles de que fue víctima. No es la primera vez que tales desmanes acontecen y como se trata de agua pasada...
- Don Ramón, a todo esto, se limitaba a escuchar en tanto que mojaba pan en el caldo. Su actitud hermética ni aprobaba ni desaprobaba, esperando, sin duda, preguntas más amenas.
- Durante algunos minutos, el cronista se entretuvo en examinar el aspecto físico del insigne autor de *Comedias Bárbaras*. Don Ramón posee una figura modesta, ni bajo ni alto, ni gordo ni delgado. Sus movimientos al andar carecen ya de la arrogancia juvenil de los buenos tiempos, y el sombrero flexible y negro, las luengas barbas negras con entrecanos mechones, la capa negra, el traje negro, las botas negras y la corbata también, nos dieron la impresión de un pundonoroso maestro de escuela provinciano, digno, circunspecto y afable.
- Nada especial preparo ahora —nos explicó a nuestro requerimiento. Llegaré a España y me internaré en la Puebla del Caramiñal, de la provincia de La Coruña, donde me aguardan mi esposa y mis tres hijos, y allí me dedicaré a la reforma y ampliación de mis predios: la huerta, las casitas, el corral, los prados, ... Tengo mis *Farsas* listas para su publicación en forma de libro, pero la crisis del papel me impedirá, por ahora, lanzar esta edición y algunas otras de mis libros agotados.
- A propósito de crisis, maestro, ¿qué opina usted de la crisis mundial?
- La mano única de don Ramón paseó sus dedos aristocráticos a lo largo de sus barbas franciscanas, pedagógicas y rurales.
- ¡Oh! —exclamó con su voz suave, ceceante y solariega. ¡La guerra pasada ha plasmado tantos valores nuevos! En España, por natural reflejo, los problemas político-sociales han adquirido diversos caracteres agudos y ya se advierten síntomas nuevos. El programa agrarista que gira alrededor de Ossorio y Gallardo y la lucha social entre jesuitas y dominicos, con la preponderancia de éstos, acusan iniciativas frescas. A este respecto, hay que citar a los padres Geralt y Vincent, dos frailes dominicos de mucho talento y actividad, los cuales han realizado una labor magnífica en el sentido agrario-cristiano.
- ¿Y de Francia, la vecina? —saltamos nosotros, aprovechando un claro, con el objeto de hacer nuestra entrevista circular.
- El creador del marqués de Bradomín, como en una evocación, alzó los ojos miopes, pequeños e inteligentes. Dijo:
- Francia... Allí estuve en plena guerra para escribir mi *Visión Estelar*.
- La hemos leído —le interrumpimos. La guerra vista desde arriba.
- Sí. He procurado abarcar el drama como visto desde otro plano, buscando la circunferencia de las cosas. Es curioso advertir el fenómeno de parcialidad literaria que entrañan algunos buenos libros escritos acerca de la guerra. Estos libros son «sectores», parcelas del sentimiento, episodios aislados. Los hay que reflejan con profundo sentimiento la vida de las trincheras, otros las maniobras de la artillería, aquellos los trabajos de las ambulancias... «Sectores», aspectos sentidos y luego escritos según las observaciones personales. El uno fue soldado de infantería y padeció todo linaje de penalidades en fétidos y encharcados subterráneos, durante noches negras, eternas y densas, habiendo descabezado una pesadilla de pic, hundido hasta la cintura y apoyado en las espaldas de un compañero. Aquél, enganchado en un regimiento de caballería, galopó —caballero de la Muerte— por los campos estercolados con cadáveres, y pudo presenciar, entre ráfagas de fiebre dantesca, las fugas epilépticas de los caballos sin jinete, desbridados, humeantes y relinchadores. Y así por el estilo. El autor que escribió páginas recogidas en el tráfago de una ambulancia, por aquello de los distintos actores que concurren a ellas, pudo ser más afortunado y ampliar su visión. Pero anotemos este singular fenómeno, mil veces comprobado: el soldado en campana, de la clase y graduación que sea, siente que se ha perdido la batalla cuando él cae herido. Yo, colocándome, con el intelecto, por encima de la catástrofe, he querido afectar mi sensibilidad desde todos los puntos de la circunferencia, verlo todo, conmovirme ante todo, recoger de todos la parte emocional que los sacudía, y luego de describir la espantosa zarabanda que se representaba, escribir el comentario, cubriendo toda la escena con el manto de la propia comprensión.
- Admirable, maestro. Así lo hemos sentido nosotros al leer las páginas cinceladas de su *Visión Estelar*.
- Pausa. Con la mano única, mañosa y delicada, el señor

de Caramiñal untó de mantequilla una corteza, metiéndosela en la boca con un gesto que establecía una transición.

—¿Y del actual movimiento literario español, don Ramón?

Ligera pausa. El maravilloso estilista recibe un cigarrillo, que alguien le enciende, y aspira bocanadas de humo que luego expelle en hilillos azulosos y bifurcados por entre las rendijas de sus mostachos, verticales, discretos y solidarios.

—El papel está por las nubes, escaso y carísimo. Es imposible, en estas circunstancias, imprimir o reimprimir libros. Hay que esperar. Hay escritores que valen mucho. Mi tocayo Pérez de Ayala, el otro tocayo, Gómez de la Serna, Pío Baroja y su hermano Ricardo, cuyo vasto talento sabe hurgar por todos los rincones del pensamiento, desde un cuadro, un drama y un ensayo filosófico hasta el manejo de un engoroso negocio mercantil. Ricardo Baroja, algunas veces su hermano Pío, el malogrado Regoyos, algunos otros y yo, hemos formado tertulia, durante treinta años, noche por noche, en el Café de Levante.

—¿Y del cinematógrafo? ¿Tiene usted ideas acerca del arte mudo? ¿Le gusta a usted como moderna manifestación plástico-mimico-objetiva?

Tercera pausa. Ahora estamos en el hotel, sentados frente a frente y, aunque parezca mentira, solos y libres de asiduos secretarios.

Encendemos unos cigarrillos. Don Ramón mira al cronista con expresión más comunicativa que al principio, cuando hicimos alusiones al enojoso lío reporteril mejicano. No en balde hemos conversado tres cuartos de hora y no en balde advirtió, con natural complacencia, que éramos «primos hermanos», por la parte de Covadonga. Un parentesco de gran señor, un gajo (yo) del árbol jugoso y florido

(él) de la madre tierra cantábrica.

Don Ramón habló de esta suerte, sencillo, verboso y catedrático:

—La formidable equívocación del cinematógrafo consiste en hacer «alma» de lo secundario, de lo casi inútil hasta cierto punto. Hay dos sentidos estéticos, de los que ya hablaba Platón: el sentido

de la vista y el del oído. El cinematógrafo pertenece, por excelencia, al primero de ambos. Todo en él es objetivo, plástico-místico, y entra derechamente por los ojos, tratando de recrear por esta línea estética. El oído se inhibe como anulado. No hay sonidos que lo despierten (la música es accesoria y la atención que se le presta es mecánica, inconsciente) y los lettereros que van apareciendo y desapareciendo en la pantalla influyen también el nervio óptico, los ojos. El cine habla a los ojos y nada más. Pudiéramos decir que la pantalla es lo plástico animado en donde el movimiento y el color son los dos únicos componentes. Ahora bien, se comprenderá que la obra más ingeniosa de don Jacinto Benavente resulte un fracaso traspuesta al cinematógrafo, porque los personajes del eximio dramaturgo hablan, se dirigen, con inmediato fin, al sentido estético del oído, producen sonidos que entran por las puertas auditivas para seguir después su proceso sentimental.

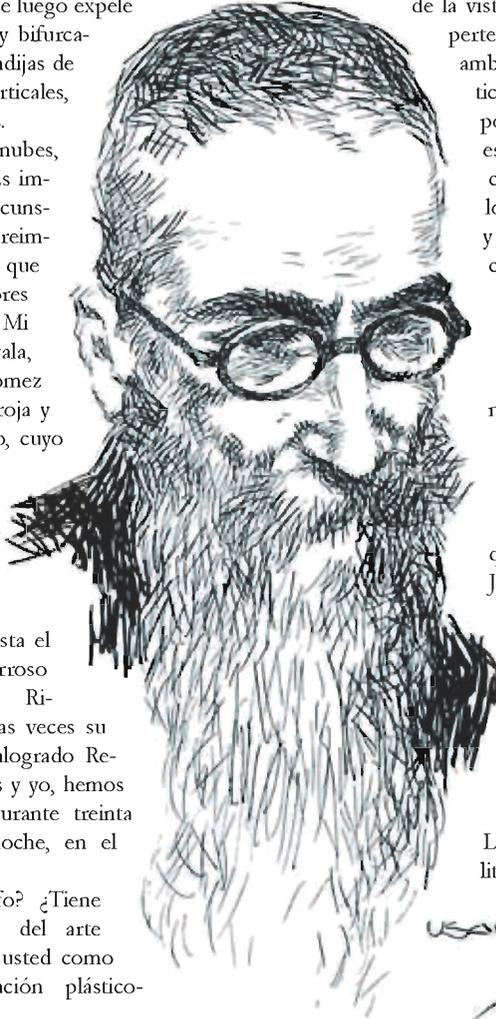
Las palabras contienen ingenio, literatura. Podemos cerrar los ojos

y recrearnos con escuchar la recitación o la lectura de cualquier pasaje literario. Es más, hasta so-

lemos cerrar los ojos —el otro

sentido estético— para mejor disponer la atención al otro compañero, que es independiente, como lo pueden ser las dos o más entradas de un edificio. Producir películas a base de argumentos «famosos», es decir, de alto mérito literario, viene a ser igual —valga el símil— que adaptar los materiales al plano de construcción.

Yo, en Madrid, en la Academia de San Fernando, he sido profesor de Artes Plásticas, tan íntimamente relacionadas con el cinematógrafo. Véanse las



viejas estampas, revisemos cualquier interesante colección, una francesa del siglo XVI. Aquí están, con toda la gracia y el colorido de la época. Colóquense en forma sucesiva y tendremos el cinematógrafo, un cinematógrafo primitivo cuyo movimiento se encargan los ojos del curioso en establecer. Veamos: «Francisco I da la bienvenida a Diana de Poitiers, saludándola con galante majestad. Diana de Poitiers, sentada al lado de Su Majestad Francisco I, se deja estrechar sus lindas manos. El soberano francés besa a Diana de Poitiers, que baja los ojos ruborizada. Francisco I en la intimidad con su favorita. Una escena de celos entre el monarca y su amante». Numere usted ahora las estampas, colóquelas en orden cronológico, vaya leyendo los pies y recréese luego en el colorido y la expresión de las figuras, que lo dicen todo, y aquí tiene usted el cinematógrafo cumpliendo su misión artística de plasticidad, entrando derechamente por los ojos. Queda, pues, en claro que los argumentos son todos de orden secundario, son los pies de las estampas sobre los cuales se echa una rápida ojeada. Cualquiera los escribe al pie de las figuras, de lo objetivo, de lo que se exhibe para la estética de la vista, y significa una incomprensión mayúscula, una ridiculez, un despilfarro y, además, un contrasentido, producir una película precisamente a base literaria, a base acústica, ya que es evidente la inhibición del oído. Una procesión en Sevilla, por Semana Santa. A ver qué argumento necesita usted de antemano. El pueblo, pintoresco, devoto y espeso; la calle de la Sierpe; cirios, imágenes, mantillas, crespones, hábitos, sandalias, peinetas; el Cristo de los Poderes, majestuoso, plástico y doliente; casullas, mitras, palios, hisopos. Pasa la procesión; barrio de Triana, a lo lejos el Guadalquivir; rostros morenos, pálidos y como nimbados, ojos que rasgan el ambiente como ráfagas eléctricas; la Giralda, esbelta, afligrida y evocadora. Allí va Pastora Imperio, descalza, penitente y provocativa, cantando una saeta para que el Señor de los Poderes perdone sus muchos pecados; el Gallo, en calesa, se cubre el rostro con un pañuelo de luto, sentimental, supersticioso y gitano. Y tras este desfile místico, caliente y luminoso, la ronda pagana de las noches tibias; la reja y los claveles reventones; el rostro de la novia, los suspiros del galán, la copla, el beso que estalla, la bandurria y los pregones de las vendedoras, pandereteros, nostálgicos y morunos.

¿El argumento, cuál es el argumento, dónde está aquí el argumento?

Calló don Ramón y ambos permanecimos silenciosos, baja la cabeza, las manos cruzadas, lejano el pensa-

miento removido.

Pocos minutos después, reintegrados a la realidad —Nueva York, estrépito, barullo humano, pardas visiones, un séptimo piso, timbres, teléfonos, ascensores, ruido siempre— fumamos el último cigarrillo de la entrevista y el reportero se despidió, estrechando con emoción la mano única del enorme cincelador contemporáneo del habla de Castilla, creador y pontífice literario, señor de la Puebla del Caraminal, hidalgo, cristiano y rebelde.

DON JOSÉ

**«Don Ramón en Cosmópolis»,
Caras y Caretas, Buenos Aires, 1
de febrero de 1936, pp. 130-133.**

Su segunda visita a Méjico. — Sus malas impresiones de Nueva York. — Su conferencia en la Universidad de Columbia. — Dos anécdotas que lo retratan de cuerpo entero. — En la habitación número 1024 de un hotel rascacielos. — Merienda con el *repórter*. — Detalles de una entrevista mágica. — Cigarrillos y más cigarrillos. — Maravilloso curso de estética cinematográfica. — Los *Esperpentos* y la carestía de papel. — Lo extraordinario del reportaje. — Descanse en paz.

Finalizaba el año 1920 [sic]. Don Ramón el Grande procedía de la ciudad de Méjico y arribó a Nueva York, la cosmópolis congestionada, airosamente envuelto en su capa española y tocado con su aludo chambergo negro. Los mejicanos le habían recibido con gentileza y admiración, rindiendo entusiastas homenajes a tan esclarecido y castizo embajador intelectual de la madre patria.

Cerca de cuarenta años atrás, en su quijotesca y eructiva modedad, don Ramón del Valle-Inclán había pisado aquellas tierras como soldado de fortuna, a las buenas y a las malas, jactancioso, donjuanesco y confiando ya en la sutil penetración de su genio y en el temple acerado de su espíritu, las dos poderosas armas con las que, nuevo y singular cruzado de las Bellas Letras, iba a abrirse brecha por las rutas de la Inmortalidad. De aquellos alardes mozos han quedado impresas las impercederas páginas de las *Sonatas*.

Los escasos periodistas españoles que entonces residíamos en Nueva York enseguida nos enteramos de su llegada. Por cierto que, hurao y silencioso, al pasear por Broadway y la Quinta Avenida, sus

acompañantes advirtieron notorios gestos de olímpica indiferencia en su velludo y ascético rostro, cuando sus ojos, como punzones fulgurantes, recorrían los bloques gigantescos y rampantes de aquellas estructuras arquitectónicas.

—No le agrada Nueva York. No podía agradar a su exquisita sensibilidad una urbe tan desafortada —comentó un compañero.

Pero don Ramón no quiso expresar con palabras sus desagradables impresiones. Se contentó con un mudo desdén para los exteriores que observaba, encogiéndose de hombros ante el progreso mecanizado que le circundaba, ruidoso y atareado.

A la noche siguiente, por atenta concesión de la Universidad de Columbia, el formidable autor de *Los cuernos de don Friolera* dio una conferencia en uno de los saloncillos públicos de aquel vasto edificio. Varios caballeros exóticos, damas de aire europeo, rapados rostros norteamericanos y abundancia de latinos mostrando semblantes alegres y miradas vivaces.

Don Ramón del Valle-Inclán, despojado de su capa, mostró la enjuta y enhiesta anatomía de su mal revestida osamenta; acercóse a su asiento y se acomodó ante el auditorio con la pausada indiferencia del que asiste a su cotidiana tertulia de café; tendió luego, semicircularmente, su mirada por el ámbito y se mesó las entrecanas barbas con suavidad de pedagogo que ha de ordenar mentalmente su lección. Y habló. Su característico ceceo, en tanto la voz se entonaba para adquirir un firme registro de elocuencia, resonó en nuestros oídos con extraña blandura, hasta que, por sobre su tonalidad, por sobre su peculiar dicción rotunda y fustigante, los bellos pensamientos, soberbiamente envueltos en fulgurantes imágenes, restallaban en una galana sucesión de acordes verbales que nos suspendían de sus labios.

¿Qué dijo? Habló de Méjico, el país de los aztecas; habló de la cuestión social, de la explotación del indio, de arte, de literatura, de revoluciones. Habló de todo con magistral gallardía, señoreando los te-

mas con una sobriedad «geométrica» tan elocuente, que las líneas cortantes trazadas en el aire por su única y enflaquecida mano, de afilados dedos, constituían la rúbrica de sus afirmaciones, dando fe de las mismas con la indiscutible autoridad con que un notario signa y rubrica un documento. Así, salvando las distancias, pudo afirmar Platón que Dios geometriza.

Al terminar la conferencia entre clamorosos aplausos, le pedimos una entrevista para los lectores de un popular *magazine*.

—No sé si mañana podré recibir. Me siento un tanto indispueto y acaso espere la llegada del vapor sin levantarme de la cama.

No obstante tan poco alentadora respuesta y las evidentes señales de su fatiga, a la tarde siguiente llegábamos al hotel, el McAlpin, rascacielos donde se hospedaba. En la taquilla de informaciones nos dijeron que «Mister del Valle-Inclán» ocupaba la pieza número 1024. Antes de meternos en uno de los ascensores, nos tropezamos con el intérprete del establecimiento, un joven catalán a quien ya conocíamos, el cual nos relató dos típicas anécdotas de don Ramón, que lo retratan de cuerpo entero. Resulta que en los enormes hoteles neoyorquinos, que constan de mil a dos mil habitaciones, los huéspedes, después de registrar

su nombre, adquieren la «categoría numeral», vale decir, que son una cifra, la cifra que corresponde a la habitación que ocupan. Exactamente igual que los presidiarios. Pero el sistema es muy práctico y sin duda evita muchos errores. Imaginémosnos las repeticiones de nombres y apellidos y la consiguiente confusión de las llamadas telefónicas, visitas e identificaciones a que darían lugar las docenas de Smith y Henderson que pueblan aquellos hoteles. Por eso al huésped se le cuelga el número de la habitación que ocupa. «Mister 782», por ejemplo. Ahora bien. Don Ramón del Valle-Inclán era el número 1024: «Mister thousand twenty four».

Un caballero portorriqueño, admirador del insigne gallego a quien conociera en Madrid, había venido a saludarle aquella mañana, y por amenizar la con-



versación, le refirió tan pintoresca costumbre.

—¿Con que pretenden que yo sea una cifra, exactamente como si estuviera en el penal de Ceuta, eh?
—exclamó enfurecido. Acompáneme y sírvame de intérprete.

No hubo otro remedio que obedecerle. En las oficinas de información de la planta baja se plantó don Ramón mesándose las barbas nerviosamente y clavando sus ojillos perforadores en el primer empleado que le miró interrogativamente.

—Traduzca literalmente —habló don Ramón dirigiéndose a su acompañante. Yo no soy una cifra ni consiento que se me llame numéricamente: yo soy don Ramón María del Valle-Inclán, escritor español.

El empleado, al escuchar la traducción, se quedó contemplando al singular y protestante huésped.

—Ello facilita mucho las tareas del hotel, señor —explicó. Y todos nuestros clientes aceptan el sistema, sin excepción.

Tradiujo el amigo y don Ramón exclamó:

—Dígale que la excepción soy yo, en este hotel o en donde quiera que me encuentre, y que se me reintegre mi legítima denominación.

El empleado comprobó, no sin cierta pueril sorpresa, que se podía hacer esa excepción sin perjudicar el método de la casa, y prometió cortésmente que en lo sucesivo el número 1024 sería para todo el mundo don Ramón, y nada más. Y el glorioso autor de *El Ruedo Ibérico* se retiró muy satisfecho.

Un poeta mejicano, que le acompañara por la capital de su país, le informó en cordial charla:

—Maestro, un amigo común oyó a don Jacinto Benavente expresarse bien de usted en su tertulia, y un tanto sorprendido y con ánimo de pinchar al autor de *Los intereses creados*, le dijo: «Pues don Ramón habla mal de usted». A lo que replicó en el acto Benavente: «Quizás estemos equivocados los dos». ¿Qué le parece la respuesta?

Don Ramón se mesó las barbas, clavó los ojillos en su interlocutor y comentó con su natural desenfado:

—Digna de quien se sabe tapar con ingenio los defectos de su personilla.

Y cambió de conversación.

*

Por fin nos colamos en una de las amplias jaulas de hierro y ascendimos hasta desembocar, pasillo adelante, en la puerta numerada con el 1024. Llamamos con discretos golpecitos.

—¡Adelante! —sonó una voz inconfundible.

Abrimos y entramos. Don Ramón hallábase tendido sobre el lecho, fumando, y sus ojillos inquisiti-

vos nos perforaron apenas, con la mejor de las sonrisas. Nos acercamos al borde del lecho para saludarle y expresarle:

—Maestro, un breve reportaje, a su gusto, sin molestarlo en lo más mínimo. Usted manda, por supuesto. Es para *Cine-Mundial*, revista española muy simpática.

El tono insinuante y la expresión entre reverente y cordial que nos observó, sin duda, influyeron para que no nos enviase al diablo con su reconocido mal humor.

—Estoy algo indispuerto y no he tomado nada desde muy temprano —dijo como último reducto de su resistencia y ya con tono de persona tratable.

Habíamos notado que estaba vestido y en el acto le propusimos:

—Pues entonces encantado de haber llegado a tiempo, maestro. La tarde no está desapacible y si usted lo permite le acompañaré y le serviré de guía hasta el comedor de abajo o a cualquier otro restaurante cercano. Un buen caldo de gallina, por ejemplo, le entonará. ¿Qué le parece, maestro?

Titubeó unos instantes y luego se incorporó. Rápidamente nos apoderamos de su capa, que vimos a los pies de la cama, y la desplegamos con filial solicitud, colgándola de la todavía resistente percha formada por sus huesudos hombros. Y con la misma deferencia recogimos su chambergo y se lo colocamos sobre su despeinada testa.

Don Ramón, ya conquistado, se dejó atender en silencio, pero se quitó el chambergo para alisarse la maraña, larga y lacia, de sus rebeldes cabellos, y luego encendió un nuevo cigarrillo, arrojando la cajita vacía sobre el piso.

—Ahora nos proveeremos, maestro —dijimos como para disculparle que no nos hubiese ofrecido.

Y salimos de la pieza y penetramos en el ascensor para luego cruzar el *hall* y respirar el aire de la calle.

—Conozco aquí, a la vuelta, un excelente restaurante, y hasta a varias de las camareras —le informamos gozosos.

—Bien, vamos.

Y se dejó conducir con la docilidad de un niño.

En efecto: fue Rosita la que nos atendió sonriente. Un buen caldo, pollo frío y picado y una ensalada de frutas comimos ambos en paz y en gracia de Dios, cambiando apenas algunas frases vulgares. No queríamos importunarle con preguntas periodísticas hasta que él se dignase ofrecernos la oportunidad, y nuestro discreto comportamiento, así como la merienda que le confortó, acabaron por despejar su taciturna expresión. A la pequeña adición se agregó el importe de tres cajitas de cigarrillos rubios, y nunca el *reporter* recuerda haber

convocado con tanto placer a persona alguna.

Ya de regreso en la pieza del hotel, don Ramón, con ademán suelto, arrojó el chambergo sobre el lecho. La capa se la recogimos limpiamente y la plegamos sobre el respaldo del pequeño sofá. Ocupó una silla y el *repórter* acercó otra y extrajo las cajitas de cigarrillos para tenerlas sobre el borde de la cama, al alcance de la mano. Y comenzamos a fumar en silencio, don Ramón como ensimismado, los buidos ojos relampagueantes tras los gruesos vidrios de miope de sus espejuelos; el *repórter* suspenso y atento, a la espera de sus declaraciones.

Fuese por temor de contrariarle, fuese porque aún no nos considerábamos expresamente autorizados para extender las cuartillas y requerir la estilógrafa, en funciones formales de reportearle, decidimos prescindir de tomar apuntes, confiando en que nuestra memoria recogería con fidelidad sus declaraciones.

Don Ramón fumaba. Por las espesas barbas caracoleaban en espirales las azulencas bocanadas de humo que despedía sin cesar, y con las primeras colillas encendíamos nuevos cigarrillos, en una especie de muda y hasta solemne competencia por encapotarnos entre nubes.

Y habló por fin.

- Esa revista... española, ¿se especializa en asuntos cinematográficos, dice usted?
- Precisamente, maestro. Informativa, literaria también, ilustrada, muy al tanto, naturalmente, de los progresos del llamado séptimo arte —nos apresuramos a informarle extrayendo, con rapidez de prestidigitador, un ejemplar de las profundidades interiores del abrigo.
- El cinematógrafo, como creación rudimentaria y pintoresca, ha tenido sus albores en Francia, con Lumière, a raíz del descubrimiento de la fotografía. Y cuando comenzaron a ponerse de moda las vistas animadas y los caleidoscopios, las damas versallescas y cortesanías mataban sus elegantes

ocios con aquellos entretenimientos que deleitaban el sentido de la vista, provocando agudos y graciosos comentarios. Pero fue, en realidad, con las estampas cuando...

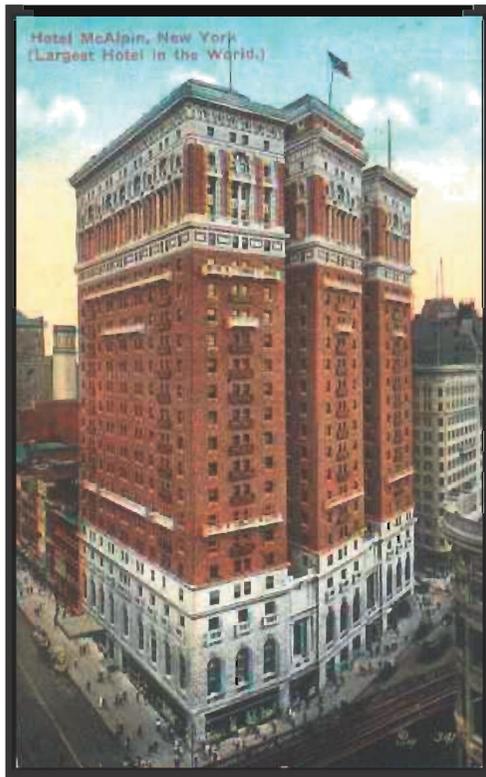
Ligeramente inclinado sobre el asiento, a pocos centímetros del *repórter*, que absorbía el cadencioso fluir de su ilustrativa perorata, el magnífico don Ramón nos regaló todo un curso histórico y estético de la cinematografía, de sus orígenes, sus balbuceos, sus progresos y posibilidades. Hablaba el artista exquisito, hablaba el literato immaculado; hablaban por

sus labios, en coordinadas y sintéticas exposiciones de arrobadora elocuencia, todos los plasmados talentos que concurren, como graciosos y saltarines torrentes, al buen decir, al buen pensar y al buen sentir de los espíritus elegidos y, como tales, capaces de ser fecundados, en sus tres dimensiones, por lo Bello, lo Bueno y lo Verdadero, la trina apoteosis que sonríe resplandeciente en las obras de la Creación para los que saben contemplarla. Hablaba el gran don Ramón, y habría que computar la duración de aquel tiempo por la ceniza de nuestros cigarrillos y porque, al alejarnos del hotel arrullados por la magia de su verba, notamos que ya la noche se echaba encima con sus espesos cortinajes, horadados, aquí y allá, por

los focos eléctricos que estrellaban la superficie de Cosmópolis.

Antes de abandonarle, le habíamos preguntado, ya de pie y en actitud de marcha:

- ¿Y los formidables *Esperpentos*, maestro? ¿Aún no los ha publicado en libro?
- No. Pienso hacerlo en cuanto vaya desapareciendo la carestía de papel. Ahora resulta poco menos que imposible editar libros. Habría que ser millonario yanqui y no escritor a la española —acentuó con una arrogancia de tono en que iba implícito un gesto de desdén acusador para todos los mercaderes del mundo, yanquis y no yanquis.



*

Lo extraordinario del reportaje, tan felizmente reconstruido de memoria que fue traducido al inglés para ser publicado parcialmente en la edición del *magazine* editado por la misma empresa en ese idioma, consistió en la estupenda lección de cinematografía que don Ramón nos había dictado para todos los lectores, y es más probable que haya servido de norma para las sucesivas innovaciones que ha venido experimentando la pantalla, así desde el punto de vista técnico como artístico.

Y a pesar de que el *reporter* cometió el atrevimiento gramatical de iniciar el reportaje con un gerundio («Habiendo llegado a esta congestionada urbe don Ramón María del Valle-Inclán, señor de la Puebla de Caramiñal...»), y de que el jefe de redacción de *Cine-Mundial*, que era purista, protestara alarmado, también fue extraordinario desde el punto de vista personal, pues con suave insistencia alegamos el mérito intrínseco de su contenido y lo cobramos a doble tarifa. Lo mismo que pretendemos cobrar estos renglones evocadores del eximio estilista y genial malhumorado que tan de frente y tan rajante solía reaccionar ante las ilustres catervas de medianías que le salían al paso.

NARCISO ROBLEDAL

Una entrevista en el olvido

Encuentro fechado el 8 de marzo de 1931 y recogido por el corresponsal del diario anarquista en Madrid, describe algunas constantes del activismo público valleinclaniano en el preámbulo de la Segunda República, con un significativo elogio a la figura política de Salvador Seguí. Por entonces, don Ramón supone un referente intelectual indiscutible para el movimiento antifascista español.

La caricatura anónima que engalana el contenido del reportaje se había editado, por primera vez, en el número de *La Gaceta Literaria* de Madrid de 15 de enero de 1927 (Javier Serrano y Amparo de Juan, 2008: 103). Asimismo, estas declaraciones son transcritas, de manera parcial, en *La Ciudad*

de Girona y en *Diario de Tarragona* al día siguiente.

«Alrededor de Cambó. Una jugosa y agradable charla con don Ramón del Valle-Inclán», *Solidaridad Obrera. Diario sindicalista de la mañana, Barcelona, 13 de marzo de 1931, p. 3.*

Una de las costumbres más arraigadas en Madrid es la de la tertulia del café. Casi que no exageraríamos si extendiéramos aquella a todas las poblaciones de España. Incluso Cataluña, que goza justa fama de más callejera y dinámica, cuenta también con sus peñas cafeteriles en donde se comentan todos los temas apasionantes. Estarán los catalanes menos tiempo en el café que los andaluces —en Córdoba, por ejemplo, los contertulios yacen las veinticuatro horas del día en los casinos (¿no habéis visto nunca los mullidos sillones de los casinos cordobeses?)—, pero también gustan de la luminosa plática cafeteril. Yo recuerdo a veces con fruición aquellas aleccionadoras y edificantes polémicas del Café Español, que el Noi, con su hermosa voz de sochantre —¿no hace este mes ocho años que le asesinaron?— y su infantil optimismo, sostenía con otros amigos, algunos [ilegible] caídos en la lucha.

¡Cuántos [ilegible] formáronse al calor de aquellas charlas!

Las tertulias de escritores y políticos, en Madrid, tan arbitrariamente censuradas por otros de alma misantrópica, vienen a ser, pues, como esa universidad extraoficial, pero aun más libre, que los estudiantes tuvieron el acierto de crear como protesta al mes de vacaciones que les dio el gobierno Berenguer. En ellas, si están integradas por hombres de exquisita cultura y solidez mental, se desarrollan, a veces, verdaderas asignaturas. Y políticamente —sobre todo en lo que de bueno tiene la política, es decir, la polémica, la crítica del régimen— no ha sido flaco el servicio que las tertulias han prestado a la causa de la publicidad creadora. Allí se han sabido siempre las «cuatreras» de la primera Dictadura, y después de salpicarlas con gracejo en los comentarios, han ido rodando de tertulia en tertulia y de pueblo en pueblo hasta asirlas fuertemente la vindicta pública. Primo de Rivera lo sabía y hasta en algunas de sus indeterminadas notas —que dejaba para que las terminara la censura con

algún trozo de latín conocido— se ocupó de los parlanchines de café.

*

En uno de los cafés más céntricos de Madrid, en plena calle de Alcalá, acude diariamente a su tertulia nocturna don Ramón del Valle-Inclán, «el mago del idioma castellano», como le denominó Andrenio.

Esta noche no es muy numerosa la concurrencia. Estamos sólo tres o cuatro en torno al eximio poeta, pero ello no es obstáculo para que su palabra cálida y florida emita juicios, como suyos, originalísimos.

Hay un momento en que se habla de revolución. Don Ramón afirma que los que en España se llaman revolucionarios no saben hacer revoluciones. Carecen de imaginación —dice— y la principal virtud del revolucionario es la imaginación. No inventan nada. Siguen el patrón clásico de la barricada y así no pueden hacerse hoy revoluciones.

Don Ramón nos explica dos métodos catastróficos para las revoluciones modernas. El primero consiste en que en varias ciudades importantes y en algunas manzanas de casas se haga lo que sigue. Se coge una cuerda gruesa larga, embreada, se sube al tejado, se hace un agujero en el suelo y se mete por él la cuerda. En el piso de abajo se hace también otro agujero perpendicular al de arriba y por donde se hace pasar la misma cuerda y así sucesivamente hasta la planta baja. Luego —añade don Ramón en el colmo del optimismo— se pega fuego a la cuerda y «ya está hecha la revolución».

El segundo método es todavía más sencillo. Consiste en que unas docenas de hombres se apoderan de unas cuantas estaciones ferroviarias estratégicas. En cada una de ellas varias

máquinas potentes, con unas gruesas cadenas colgantes con fuertes garfios al extremo para agarrar los rieles, se ponen en marcha al mismo tiempo que tras de sí van levantando inmensas montañas de rieles. Con esto —vuelve a afirmar— «ya está hecha la revolución».

Alguien de la tertulia invoca la cara que pondría Cambó si oyera hablar de revolución.

—Cambó —afirma don Ramón— es una verdadera castaña. Sus juicios sobre la realidad política no pueden ser más estultos. Hasta en su inmerecida fama de hombre práctico demuestra su inopia mental.

—¿Se refiere usted, don Ramón, a la preocupación machacona del señor Cambó por el saneamiento de la peseta?

—No, pues esto, al fin y al cabo, no es más que una baja y natural inquietud comercial, fenicia, de viajante de comercio.

Al pronunciar desdeñosamente esta frase, me parece notar que los sedosos cabellos de la barba cónica de don Ramón se alborotan como protestando contra la interpretación materialista de la historia.

Como un dios olímpico que no se alimenta más que de néctar y ambrosía espiritual, con su nervuda mano alisa y vuelve a su conicidad normal la bella barba.

En aquel momento, un camarero, equivocadamente, pone encima de la mesa, enfrente del autor de *Corte de amor*, un grosero caldo y un vulgar bistec con patatas.

—¡Esto no es para mí!
—protesta, indignado, don Ramón.

—No, no, es para mí
—aclara un viajante catalán que se halla sentado en la mesa contigua.

Don Ramón sonríe satisfecho, largamente, quizá meditando en su interior sobre el sentido práctico que defienden algunos sujetos con sus posturas políticas.



Yo, por mi parte, en este momento pienso que al autor de las *Sonatas*, menos ducho en realidades prácticas, pero más versado en las materias del espíritu, no le habrían dado gato por liebre, como a Cambó, en la adquisición, por un millón de liras, de un cuadro de falsa factura.

—Cambó —continúa don Ramón— denota su carencia de practicismo y lógica hasta con su Fundació Bernat Metge.

—¿...?

—Verá usted. Hasta ahora el mejor vehículo para la gran extensión de la cultura han sido siempre las lenguas dominadoras. Lo práctico, pues, cuando se quiere captar para una determinada cultura a las gentes es verter ésta siempre a las lenguas vulgares, es decir, de mayor extensión. Cuando, por ejemplo, el griego era la lengua más vulgar en la antigüedad clásica, aquella fue el arma que empleaban incluso los escritores latinos. Pero cuando por la expansión conquistadora de Roma fue el latín la lengua más vulgar, entonces se compuso la Vulgata, se tradujo, en suma, la Biblia al latín, ya

que era esta cultura la que se trataba de expandir. Vulgata —añade don Ramón, dándonos una pequeña noción de filosofía— quiere decir vulgar, versión a la lengua vulgar del libro de Dios. Crean ustedes —concluye— que no veo por ninguna parte la tan manoseada practicidad de Cambó.

—¿No cree usted, don Ramón, que el acendrado amor de Cambó por Cataluña le haga ver a éste la realidad española en el sentido de que en la política nacional pese la influencia catalana?

—Este es precisamente el error que gravita sobre la historia de España. Toda la política española se ha tramitado siempre con vistas a Cataluña. Cataluña ha sido siempre la protegida. ¡Hasta la guerra de

Cuba se sostuvo única y exclusivamente por favorecer el mercado de Cataluña! ¡Sí, señor, por meter los falsificados tejidos catalanes en Cuba, que a los cubanos se les antojaban peores que los que les brindaban otros países!

Hay un momento en que temo la protesta del viajante catalán que escucha atentamente las palabras de don Ramón. Me tranquilizo cuando en manos de aquél veo un ejemplar de *Solidaridad Obrera*. Pienso que entre un catalán lector de *Solidaridad* y los juicios de la Bolsa y la Finanza no puede haber nada de común.

—Si nos remontamos a la historia —continúa el autor de *El ruedo ibérico*— conoceremos que el error inicial parte ya de haberse inclinado Castilla, con Isabel, del lado de Cataluña, o sea de Fernando. Castilla, que siempre elige mal, eligió al catalano-aragonés Fernando, que representaba con Valencia y Cataluña el Mediterráneo, olvidando y desdénando a Portugal, que era el Atlántico. Vino el descubrimiento de América y hemos asistido a la supremacía del Atlántico sobre el Mediterráneo. Han surgido potentes y ricas las grandes ciudades trasatlánticas a la par que se desmoronaban las repúblicas mediterráneas: Venecia, Nápoles, etc. ¿Qué han sido las incursiones y pactos de España con las ciudades italianas más que la defensa de los intereses del Mediterráneo, es decir, de Cataluña, contra los del Atlántico? Portugal, por otra parte, aún ejerce su influencia en sus colonias trasatlánticas.

—¿...?

—¿...?

—No, no es una interpretación caprichosa de la historia —exclama don Ramón—. Es la historia real y no la patriótica enseñada en las escuelas. Hay, pues, que ver la patriótica manera de enseñar historia antipatriótica.

—¿...?

—Sí, señor. Para mí la patria es una verdadera ficción,



una artificiosidad, una falsificación. El concepto de patria nació en las monarquías a fin de defender los intereses creados por éstas. En la antigüedad —continúa el insigne poeta— se tenía un sentido más hermoso e ideal para determinar las lindes de una colectividad. Se hablaba de la cultura griega o latina para clasificar la comunidad de aspiraciones. Se tenía un concepto verdaderamente religioso de la vida. Religión, esto es, religar, unir a los hombres para la vida en común. Cuando la cultura latino-cristiana representaba un valor de humanidad superior a la griega, negando, por ejemplo, a ésta la facultad de apoderarse en la guerra del vencido para esclavizarlo, tenía aquélla la virtud de unir, de religar a griegos y latinos en lazos comunes de humanidad.

En estos momentos, la lengua barba de don Ramón apunta con dirección al ejemplar de *Solidaridad Obrera* que tiene en sus manos el viajante catalán, y pone este corolario a su jugosa y amena charla.

—Para que no se crea que sufro manía catalanófoba diré que la vista de ese periódico corrobora mis últimas frases. Hoy es el proletariado catalán lo más fundamentalmente serio de España. Quizá es lo único, política y socialmente, que se pueda tomar en consideración. Ese proletariado es el que en España tiene el alto concepto religioso a la manera de las culturas clásicas. Aspira a la paternidad internacional por encima de todos los artificios fronterizos e intereses materiales. Si no, arguméntese a ver si entre el catalán Cambó y el también catalán Noi del Sucre no hay un abismo más profundo e insondable que entre un obrero de las fábricas de Tarrasa y un plantador de arroz de los extensos campos de China.

Se nos ha hecho tarde y marchamos a casa agradablemente impresionados por las ideas de don Ramón del Valle-Inclán. La calle de Alcalá queda semidesierta, sin noctámbulos. Un golfillo descalzo, aterido de frío, vocea los últimos ejemplares de *La Voz*. Un ciego pide limosna en el quicio de una puerta. Una vieja alcahueta, al pasar, nos insinúa melosamente que tiene en su casa una menor... Cerca de nuestra morada leemos el cartel que todos los días hiere nuestra sensibilidad: «Españoles! ¡Viva la paz social!»

En el cartel aparecen las siluetas de tres guardias civiles, armados de punta en blanco...

LEAFAR

Referencias bibliográficas

Charlín Pérez, Francisco X. y Gonzalo Allegue. *El mundo de Valle-Inclán. Viaje a los orígenes*. Vilanova de Arousa: Servicio de Publicaciones de la Asociación Cultural Amigos de Valle-Inclán, 2008.

Hormigón, Juan Antonio. *Valle-Inclán. Biografía cronológica y Epistolario*. Vol. II. Madrid: Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España, 2007.

Queralt, María Pilar. *Tórtola Valencia: una mujer entre sombras*. Barcelona: Editorial Lumen, 2005.

Serrano Alonso, Javier y Amparo de Juan Bolufer. *Valle-Inclán dibujado. Caricaturas y retratos del escritor (1888-1936)*. Lugo: Concello de Lugo-Cátedra Valle-Inclán, 2008.

Valle-Inclán, Joaquín y Javier del, eds. *Ramón María del Valle-Inclán. Entrevistas, conferencias y cartas*. Valencia: Pre-Textos, 1994.